

El cumpleaños de Júlia

Júlia tenía cinco años, el pelo rojo que brillaba al sol como el fuego y unos ojos marrones llenos de curiosidad. Pronto cumpliría seis y estaba emocionadísima. Le encantaban los cumpleaños, pero aquel año tenía un deseo especial: aprender a patinar.

Cada tarde, al salir del colegio, se quedaba mirando a los niños mayores del parque. Daban vueltas, giraban y saltaban sobre sus patines como si volaran. Soñaba con hacer lo mismo algún día.

Una mañana, mientras desayunaba con sus padres, recibió una sorpresa increíble: una caja grande envuelta con un lazo azul.

—¡Feliz cumpleaños por adelantado, Júlia! —dijeron sonriendo.

Abrió la caja con los ojos brillantes. ¡Dentro había unos patines preciosos! Eran azul cielo, con detalles brillantes como estrellitas.

—Son para ti —dijo su madre—. ¡Ahora podrás empezar a patinar como siempre has querido!

Júlia no podía creerlo. Se los puso enseguida y salió al jardín. Pero, pese a la ilusión, descubrió que no era tan fácil. Se cayó varias veces y cada vez volvió a levantarse.

Aquella noche, al guardarlos en el armario, notó algo extraño: un papelito pegado dentro de uno de ellos. Lo sacó y leyó:

“Estos patines son mágicos, pero solo funcionan con el corazón. Cree en ti misma y vuela como el viento”.

No entendió del todo el mensaje, pero sonrió y cerró los ojos, soñando con patinar sin miedo.

Al día siguiente fue al parque con sus patines nuevos. Al principio volvió a caerse una y otra vez. Entonces recordó el papel. Cerró los ojos un instante, respiró hondo y pensó: “Cree en ti misma”.

Al intentarlo de nuevo ocurrió algo que le pareció mágico. Empezó a deslizarse suavemente, primero con temor y después con más confianza. Sus pies iban encontrando el movimiento, como si los patines supieran qué hacer. Poco a poco dejó de pensar en las caídas, giró con gracia y sintió que volaba sobre las ruedas.

—¡Júlia! ¡Lo estás haciendo! —gritó su amiga Laia, que había estado observándola.

Con una sonrisa enorme, siguió patinando y dando vueltas. Comprendió que la magia estaba dentro de ella: en creer en sí misma y no rendirse.

Desde entonces siguió practicando y mejoró cada día. Cuando llegó su cumpleaños, patinó ante sus amigos y familiares. Todos se maravillaron con su confianza y sus movimientos. Su sueño empezaba a hacerse realidad.

Júlia aprendió que la perseverancia y la confianza la ayudaban a conseguir lo que se proponía. Los patines eran especiales, pero la verdadera magia siempre había estado en su interior.